

PRESENTACIÓN

Fermín Labarga

Presidente del Comité Organizador

«Arte y Teología» guardan entre sí una estrecha relación. Si la Teología es, etimológicamente, la palabra o el discurso (oral o escrito) sobre Dios; de manera semejante, el arte puede ser entendido como la imagen (visual, por tanto) sobre Dios, una *Teoiconía*. Bien lo ha comprendido el Oriente cristiano, cuando al pintor de iconos lo denomina iconógrafo, es decir escritor de imágenes, al que se le concede un *status* eclesiástico singular, en cierta manera similar al del teólogo, pues ambos expresan la misma fe, aunque por caminos diversos.

El estudio de la Arqueología y del Arte cristiano, como es notorio, se encuadra en el ámbito más amplio de la Historia de la Iglesia. Pero la estrecha vinculación que existe entre teología y arte hace que, de una u otra forma, todos los demás campos de la reflexión teológica deban, en algún momento, prestar atención a cuestiones referidas al arte y a su objeto principal, que es la belleza, como afirmaba Platón.

Durante siglos, la palabra de Dios contenida en las Sagradas Escrituras se ha visualizado por el pueblo cristiano gracias a pintores y escultores que plasmaron en imágenes la *biblia pauperum* —«la biblia de los pobres»—, como ya reconocía san Gregorio Magno. Esta dimensión catequética y pastoral del arte cristiano sigue siendo hoy de rigurosa actualidad, en una época de gran secularización en la cual, sin embargo, el arte cristiano sigue atrayendo y acercando, por tanto, al mensaje de la fe, incluso a los no creyentes, como se aprecia en las grandes exposiciones y el emergente turismo cultural.

También el desarrollo homogéneo de la teología dogmática, singularmente en el campo cristológico, tuvo su reflejo en las bellas artes. La querrela iconoclasta, como bien intuyó san Juan Damasceno, no era solo un ataque a las imágenes sino, en el fondo, a la misma realidad de la encarnación de nuestro Señor Jesucristo, «imagen visible del Dios invisible» (Col. 1, 15). Y así lo definió el II Concilio de Nicea en el año 787.

Por su parte, la liturgia se funde con el arte de múltiples modos, de manera que ella misma supone un verdadero *ars celebrandi*, en el cual la belleza de los ritos, de la música sagrada, de los templos y de su ornamentación constituyen el ámbito más propicio para percibir la presencia y la obra de Dios en sus misterios. De igual modo, la riqueza y la diversidad de la espiritualidad cristiana a lo largo de los siglos se ha plasmado en devociones que han nutrido la fecunda imaginación de los artistas.

De otro lado, la teología moral ha insistido siempre en la importancia de un arte sacro digno que contribuya al crecimiento intelectual, moral y espiritual de los fieles. Empeño en el que también se ha visto apoyada por los sagrados cánones.

Como se puede comprobar, son muchos y profundos los vínculos existentes entre arte y teología. Por eso no resulta extraño que el teólogo Marie-Dominique Chenu afirmase que las más nobles realizaciones del arte cristiano no son «solamente ilustraciones estéticas, sino verdaderos lugares teológicos» (*La teología nel XII secolo*, Jaca Book, Milán 1992, 9).

La Universidad es el recinto del saber y, podría decirse que también, de la belleza del saber. Las universidades nacieron en los claustros de las catedrales, esto es, en un espacio artístico de primer orden. Y nacieron al mismo tiempo que se consolidaba el arte gótico, cuya arquitectura funcional, basada en la racionalidad y el orden tuvo un reflejo igualmente genial en la compilación de la *Summa Theologiae* de santo Tomás de Aquino.

Del 14 al 16 de octubre del 2015 se celebró el XXXIV Simposio de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra bajo el sugerente título de «Arte y Teología». El *Simposio* se quiso plantear con un carácter netamente interdisciplinar, algo muy propio del confluir de saberes en la Universidad, y especialmente querido y buscado en los nuevos planes y diseños curriculares, así como en los proyectos de investigación. Se pretendía ofrecer el espacio adecuado para un fructífero diálogo entre artistas y teólogos, como desea la Iglesia y ya puso de relieve el Concilio Vaticano II. Este mismo deseo ha sido reiterado por los sucesivos pontífices: Pablo VI, Juan Pablo II (*Carta a los artistas*), Benedicto XVI y el papa Francisco, quien en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, ha animado a la Iglesia a prestar «una especial atención al *camino de la belleza* a la hora de acometer la nueva evangelización». El Papa ha invitado a todos sus responsables, entre los que se cuentan los teólogos y los artistas cristianos, a profundizar en esa *via pulchritudinis* con el fin de que «todas las expresiones de verdadera belleza puedan ser reconocidas como un sendero que ayuda a encontrarse con el Señor Jesús» (n.º 167).

Con toda seguridad, no son pocas las personas que han entrado, o han vuelto a entrar, en contacto con la fe y con la Iglesia a raíz de las nu-

merosas exposiciones de arte sacro que se han organizado en las últimas décadas. De una manera u otra, el patrimonio artístico que ha generado la Iglesia a lo largo de los siglos, sigue desempeñando una eficaz tarea evangelizadora también hoy. El arte cristiano sigue siendo, en la era digital, un eficaz puente que acerca a la fe de la Iglesia, a una Iglesia, que siempre ha sido «amiga del arte y de los artistas».

Ve ahora la luz este volumen que recoge las principales aportaciones efectuadas por los ponentes invitados al mencionado XXXIV Simposio de la Facultad de Teología, siguiendo el mismo orden del programa. La primera ponencia estuvo a cargo de Joaquín Lorda, profesor de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Navarra, al que recordamos con admiración y gratitud pues, de forma absolutamente inesperada, falleció unos meses después (17 de junio de 2016). En palabras de Miguel A. Alonso del Val, director de la Escuela de Arquitectura, Joaquín ha sido «un profesor irrepetible», «querido y admirado» por alumnos y colegas. Por eso, «toda la Escuela se ve teñida de negro ante la desaparición de un profesor que ha dibujado sus paredes, que ha cubierto de color, de luz barroca y de amor por la historia, sus espacios, y que ha entusiasmado a cientos, miles de alumnos por la arquitectura desde el disfrute y la comprensión de sus espacios y sus tradiciones formales a través de innumerables viajes gráficos, físicos y, ahora, virtuales». Su hermano Juan Luis, profesor de la Facultad de Teología, ha tenido la amabilidad de preparar el texto, tal y como Joaquín lo desarrolló en aquella ponencia inaugural bajo el título de «La simbólica fundamental en el arte religioso».

José Luis Sánchez Nogales, catedrático de la Facultad de Teología de Granada, desarrolla a continuación la ponencia titulada «La percepción de la divinidad y su expresión artística en las religiones», en la que sostiene que el arte religioso es, entre las expresiones antropológicas de sentimiento o emoción, un «lugar» fundamental de percepción de la divinidad, y uno de los primeros elementos de encuentro con el hecho religioso. Las manifestaciones artísticas relacionadas con el hecho religioso expresan la relación entre la corporalidad inmanente y la transcendencia misteriosa. Este ensayo trata de las expresiones artísticas de la religión en cuanto soportes de la presencia de lo divino.

El P. Jordi-Agustí Piqué i Collado, OSB, del Pontificio Instituto Litúrgico Sant'Anselmo de Roma, presenta la ponencia titulada «*Tanquam sonum*: la música litúrgica entre palabra, espacio y tiempo». La historia de la teología muestra que grandes teólogos han prestado atención al estudio del hecho musical. Las íntimas relaciones entre el mundo del arte y el de la comprensión del Misterio han dado grandes frutos a lo largo de la historia, materializados en verdaderas obras de arte. También en el contexto cultural contemporáneo la vía del arte, y en particular del arte litúrgico, permanece como uno de los pocos caminos abiertos para

expresar la maravilla de Dios que se revela y habla, y que a través del lenguaje de la belleza artística puede irrumpir de forma transfigurante en la realidad cotidiana.

Federico Aguirre Romero, profesor de la Facultad Eclesiástica de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso se centra en el apasionante mundo de los iconos, entendidos como la máxima expresión de la simbiosis entre arte y teología. A partir del análisis de algunos aspectos históricos, pictóricos y teológicos de la tradición de los iconos, pretende mostrar que el fundamento de la tradición icónica no es otro que el misterio de la Encarnación, otorgando a este hecho central de la revelación cristiana también una dimensión eminentemente estética. Dado que el autor ha estudiado en Grecia y allí ha realizado la iniciación al ministerio de la escritura de iconos, ofrece su estudio una faceta experimental, cuyo máximo exponente ha sido el gran mural, a modo de iconostasio, pintado para este Simposio y regalado generosamente a la Facultad por su autor, también conocido por su nombre artístico, Xamist.

A continuación, Ralf van Bühren, profesor de las Facultades de Comunicación y Teología de la Pontificia Università della Santa Croce de Roma, presenta la ponencia titulada: «La identidad del arte cristiano. Criterios para su especificación en la historia del arte». A lo largo de su exposición, se propone señalar cuáles son las características básicas del arte cristiano y precisar los criterios que lo distinguen. Para ello acude a la praxis artística, a los principios teológicos y a la terminología magisterial utilizada a lo largo de la historia de la Iglesia. Siguiendo a François Boespflug propone van Bühren que, de una vez por todas, los teólogos se tomen en serio el arte cristiano como fuente de reflexión y no olviden que constituye un verdadero «lugar teológico». Por otra parte, de esta reflexión sacarían beneficio también los artistas ya que «la teología confronta a los artistas con los límites de la representabilidad y con la relación entre la visibilidad y la invisibilidad», suscitando así una interesante auto-reflexión.

Por su parte, quien suscribe, centra su ponencia en un tema tan sugerente como es la representación del rostro de Cristo en el arte. A lo largo de los siglos, el arte cristiano ha representado a Cristo de acuerdo con una serie de rasgos en los que se refleja la teología y la espiritualidad de cada época. En esta ponencia se realiza un repaso desde las primeras representaciones paleocristianas de Cristo como Buen Pastor y Filósofo hasta la actualidad, pasando por el Cristo en majestad del Románico, el Cristo sufriente del Gótico, el *perfectus Deus et perfectus homo* del Renacimiento, el Cristo triunfante que propone el Barroco después del concilio de Trento, o las propuestas historicistas del siglo XIX. Sin duda, es posible concluir que ningún protagonista de la historia de la humanidad ha suscitado tanto interés, también entre los artistas, como Jesucristo.

María Antonietta Crippa, profesora de la Scuola di Architettura e Società del Politecnico di Milano, aborda en su ponencia el misterio de la Iglesia, como cuerpo de Cristo y templo del Espíritu Santo. El proyecto de construir una iglesia, llevar a cabo su «decoración», son, todavía hoy, encargos muy deseados por arquitectos y artistas. La autora se pregunta, sin embargo, si este interés, muy vivo, de modo especial entre los arquitectos, se apoya y está movido por una adecuada comprensión del misterio de la Iglesia. Para adentrarse en este problema, no basta con examinar la calidad de una arquitectura desde el punto de vista formal, tecnológico o urbanístico; ni basta con examinar si los elementos litúrgicos están dispuestos conforme a la dignidad de las celebraciones y de la administración de los sacramentos. Es preciso que los fieles encuentren en el lugar del culto la expresión de una familiaridad con el Misterio eclesial, para ellos accesible, viviendo una experiencia que podríamos sintetizar con las palabras: invitación, acogida, sorpresa, separación del mundo exterior, intimidad. La consecución de estas metas pasa por un diálogo amistoso entre teólogos y arquitectos.

A continuación, y dado que el Simposio se celebró durante el Año jubilar de la Misericordia, convocado por el papa Francisco, el catedrático de Arte de la Universidad de Sevilla, Juan Miguel González Gómez, disertó sobre «la belleza de la existencia cristiana» tomando pie del programa iconográfico de la iglesia del Hospital de la Santa Caridad, centrado en las obras de misericordia, con obras de las principales figuras del barroco hispalense como Murillo y Valdés Leal.

La ponencia de clausura del Simposio, de carácter netamente audiovisual, estuvo a cargo del crítico de cine Jerónimo José Martín, con el título de «El cine contemporáneo en clave teológica». No ha sido posible incluirla en este volumen, al igual que tampoco se han incorporado las interesantes discusiones suscitadas en las dos mesas redondas tenidas en las sesiones vespertinas. La primera de ellas, bajo el epígrafe de «La arquitectura al servicio de la fe», moderada por Carlos Naya, profesor de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Navarra, contó con la presencia de los arquitectos Ignacio Vicens (Madrid) y Juan Miguel Otxotorena (Pamplona) junto con el profesor de Liturgia de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, Félix M^a Arocena. La segunda, celebrada en el incomparable marco de la sacristía de la catedral de Pamplona, se centró en «las imágenes de la fe», contando con el pintor Juan José Aquerreta (Pamplona), el imaginero Darío Fernández (Sevilla) y el escultor Javier Viver (Madrid).

La publicación de este volumen culmina, al menos en algunos aspectos, las labores del Simposio, cuya comisión organizadora contó con los profesores Juan Luis Caballero, Pablo Edo e Isabel León, actuando como secretario el siempre eficiente Eduardo Flandes.

Como ya se ha indicado, desde el primer momento se buscó que el Simposio tuviera un carácter netamente interdisciplinar, con una estructura sencilla y fundamental a la vez, que posibilitara la confluencia de perspectivas teóricas y prácticas. Sería de desear que este Simposio, además de facilitar una reflexión doctrinalmente consistente y atenta a los nuevos modos de expresión artística de la que se puedan beneficiar artistas y teólogos, pudiera constituir el inicio de futuros encuentros entre ellos. Una universidad como la Universidad de Navarra, de clara inspiración cristiana, es un ámbito privilegiado para generar ingeniosas sinergias en esta dirección.